

el grueso cinturón atravesando,
le pasó con su lanza, y en el polvo
cayó el Troyano y retemblo la tierra.

Acudió el Griego en rápida corrida
á quitarle las armas sin que fuese
bastante á detenerle la copiosa
lluvia de agudas relucientes lanzas
que los Teucros al verle derramaron,
y muchas recibió su fuerte escudo.
Llegó, y fijando la robusta planta
sobre el cadáver, la acerada pica
logró sacar; pero arrancar no pudo
la brillante armadura de sus hombros:
tan acosado estaba de los tiros.

Y temiendo que en torno le cercasen
los Troyanos, que muchos y valientes
sobre él cargaban con sus luengas picas,
y tenaces al fin, por más que fuese
él tan alto, y forzado, y valeroso,
á dejar el cadáver le obligaron;
á la fuerza cedió, y á pesar suyo
se retiró á su escuadra lentamente.

Así Teucros y Aquivos peleaban:
y entretanto á Tlepólemo, nacido
de Hércules, y valiente y corpulento,
aconsejaba el hado inevitable
que al fuerte Sarpedon acometiera.
Marchó, pues, á buscarle, y se encontraron
los dos caudillos que del alto Jove
descendían: que el uno era su nieto,
y el otro de él naciera. Y orgulloso
á Sarpedon Tlepólemo decía:

«¡Príncipe de los Licios soberano,
»Sarpedon! Si en batallas no aguerrido
»estás, ¿por qué á temblar aquí viniste?
»Mienten los que dijeron que de Jove
»eres nacido, si el valor no tienes
»que tuvieron los héroes que engendrados
»por Jove fueran en la edad pasada,
»como dicen le tuvo el animoso
»Hércules fuerte, de quien yo soy hijo,
»que un león en la guerra semejaba.
»Vino Alcides á Frigia los caballos
»á pedir que por paga le ofreciera
»Laomedonte, y solos seis navios
»trajo y pocos guerreros, y de Troya
»saqueó la ciudad y despobladas
»dejó sus calles; pero tú no tienes
»ánimo ni valor, y tus legiones
»perecen. Y defensa á los Troyanos,

»á quien de Licia á socorrer viniste,
»ya no será tu brazo, aunque valiente
»fueras batallador; porque á mis manos
»muerto serás, y del oscuro averno
»entrarás por la puerta aborrecida.»

Y Sarpedon, mirándole ceñudo,
le respondió: «¡Tlepólemo! Si á Troya
»Hércules saqueó, fué porque el cielo
»castigar así quiso la perfidia
»del necio y orgulloso Laomedonte,
»ingrato Rey, que de pudor desnudo,
»al que con beneficios le obligara
»insultó con palabras injuriosas;
»ni le dió los caballos que otro tiempo
»le prometiera, y á pedir venía
»de regiones el héroe tan lejanas.
»Pero á tí yo te anuncio que la negra
»muerte y hora fatal en este suelo
»encontrarás ahora, atravesado
»por esta pica; y me darás la gloria
»del vencimiento y á Plutón el alma.»

Así habló Sarpedon, mientras la pica
Tlepólemo ya alzaba. Al mismo tiempo
los dos sus luengas astas arrojaron,
y la de Sarpedon cerca del hombro
se clavó de Tlepólemo, y la punta
dolorosa salió del otro lado,
y tenebrosa noche del Aquivo
oscureció los ojos. Con la suya
Tlepólemo también el muslo izquierdo
hirió á Sarpedon, y la acerada
punta hasta el hueso penetró, impaciente
por quitarle la vida; pero Jove,
su padre, le salvó. Los valerosos
campeones que fieles asistían
de Sarpedon en torno le sacaron
del combate, vivísimos dolores
en la herida sintiendo y la pesada
lanza arrastrando. Y á ningún amigo
ocurrió el pensamiento de sacarle
de la herida el astil, porque pudiese
en su carro subir: tan azorados
todos ellos estaban, y tal era
el riesgo en que se vían. Los Aqueos,
afligidos también, de la batalla
sacaron de Tlepólemo el cadáver.

Al verle muerto, conolido Ulises
sintió latir el corazón valiente
dentro del pecho, y en contrarias dudas
el ánimo prudente vacilaba,

si seguiría del tonante Jove
al hijo más, ó á muchos capitanes
de los Licios la vida quitaría.
Y no estando dispuesto por el hado
que el magnánimo Ulises con su lanza
diera la muerte al hijo valeroso
de Júpiter, Minerva á la falange
le inspiró que marchara de los Licios;
y allí mató á Ceranio, Alástor, Crómio,
Pritanis, Noemon, Alcandro y Halio.

Y aun estrago mayor hiciera Ulises
en los Licios, si al ver aquel destrozo
Héctor á defenderlos no acudiera,
por entre los primeros campeones
veloz corriendo, de lucientes armas
bien defendido y el terror llevando
á los Aqueos. Alegróse al verle
Sarpedon, y en acento doloroso
así le suplicaba: «No permitas
»que yo quede en poder de los Aquivos:
»defiéndame tu brazo, y más que luego
»allá en vuestra ciudad pierda la vida;
»pues el hado no quiere que á mi patria
»y á mi palacio vuelva, y victorioso
»de la guerra tornando, regocije
»al hijo y á la esposa.» Así decía
Sarpedon, mientras Héctor, sin hablarle,
pasó de largo, deseando pronto
alejar á los Griegos y la vida
quitar á muchos héroes. Entretanto,
cuidadosos también los escuderos
de Sarpedon, al pié de una frondosa
encina, al padre Jove consagrada,
le reclinaron, y del muslo afuera
la pica, cuyo astil era de fresno,
Pelagon le sacó, su fiel amigo;
pero al rasgarse la profunda herida
se desmayó el guerrero, y derramada
oscura niebla fué sobre sus ojos.
Volvió despues en sí, y el aura fresca
del Bóreas, que soplabla mansamente,
sus fuerzas restauró cuando ya apenas
vital aliento respirar podía.

Y viéndose acosados los Aquivos
por Héctor y Mavorte, ni á las naves
en pavorosa fuga se volvían,
ni adelante marchaban; pero siempre
iban retrocediendo, así que vieran
que Marte entre los Teucros peleaba.

¿Y á quién entonces Héctor el primero

y el último mató, favorecido
de Mavorte? El primero fué Teutrante,
que en valor con los Dioses competía,
y Oréstes el segundo, el afamado
cabalgador. Tuvieron igual suerte
Tresco el etolo, y Enomao, y el hijo
de Énope, Heleno. El último fué Oresbio,
que en Hílas habitaba y poderoso
era en riquezas que preciaba mucho,
y del lago Cefisis á la margen
posiciones tenía, y á su lado
otros muchos Beocios ocupaban
opulenta ciudad. Airada Juno
al ver que las escuadras de los Griegos
así Héctor y Mavorte destruían,
dijo á Minerva en rápidas palabras:

«¡Hija de Jove! ¡poderosa virgen!
»Si así dejamos al furioso Marte
»destronar los equivos escuadrones,
»no podemos cumplir á Menelao
»la solemne promesa que le hicimos
»de que, arruinado de Ilion el muro,
»á Grecia volvería. A socorrerle
»marchemos, pues, y en la sangrienta liza
»mostremos el poder de nuestro brazo.»
Dijo, y gozosa obedeció Minerva.

Y mientras por su mano los bridones
con el dorado arnés enjaezaba
la augusta Juno, las volubles ruedas,
que ocho rayos tenían y de bronce
fueran labradas, diligente puso
Hebe en el carro. De oro rutilante
de eterna duración las pinas eran
en que entraban los rayos, y de bronce
las llantas que por fuera las cubrían,
bien ajustadas y á la vista hermosas.
Era el eje de hierro fabricado,
y á sus extremidades asomaban
de plata fina torneados cubos.
Al elevado asiento, sostenido
por fuertes correones tachonados
de plata y oro, en torno defendían
dos grandes semicírculos de bronce;
y de plata maciza gruesa lanza
del anterior salía, á cuya punta
Hebe el yugo ajustó, y á sus extremos
ató las áureas bridas. Cuando todo
estuvo acomodado, sus veloces
caballos unció Juno, deseosa
del bélico clamor y la pelea.

Entró Minerva en el celeste alcázar de Jove, y sobre el áureo pavimento dejó caer el manto rozagante de variado color que con sus manos ella misma labrara; y la loriga de Júpiter habiéndose ceñido, con su propia armadura refulgente se armó para la guerra luctuosa. Suspendió de su cuello la terrible égida, de brillantes rapacejos de oro por todas partes guarnecida y del terror en torno coronada, en la cual la discordia, y el combate, y el alcance en la fuga, y la derrota entallados estaban, y tenía la cabeza horrorosa y espantable de la Gorgona, aborrecido monstruo que en su cólera Júpiter criara.

Púsose luego la celada de oro, de agudos clavos guarnecida toda y de cuatro penachos adornada, y tan firme, que sola bastaría á resistir el redoblado golpe de los peones que venir pudiesen de cien vastas ciudades á la guerra. Subió por fin en el brillante carro con pié ligero, y empuñó la pica, pesada, y grande, y poderosa, y fuerte, con que destrozarse suele las hileras de los guerreros, si inflamada en ira con ellos cierra en desigual batalla la hija temible del Saturnio Jove.

Con el látigo Juno á los caballos aguijó diligente, y por sí mismas se abrieron, rechinando sonoras, las puertas celestiales donde asisten las Estaciones; pues del ancho cielo y del Olimpo franquear la entrada tienen á su cuidado, ó prohibirla; y ya separan las espesas nubes que ocultan de los Dioses el alcázar, ya con ellas le cubren. A la puerta dirigieron las Diosas los caballos, que dóciles al látigo volaban, y cerca hallaron al Saturnio Jove, que de los otros Dioses apartado, en la más alta cumbre del Olimpo sentado estaba. Los bridones Juno detuvo al verle, y con airado rostro así al Supremo Júpiter decía:

«¿Y no te indignarás, oh padre Jove, al ver de Marte los atroces hechos, y que tantos y tales adalides haya de los Aquivos derribado por tierra, sin razón, y cuando ménos merecido lo habían? Pesadumbre tengo yo, pero Vénus Cítea y el Flechador Apolo complacidos gozan de su venganza: que ellos fueron los que á Marte agujieron, que furioso las leyes no respeta. ¡Padre Jove! ¿te enojarás conmigo si lograre, herido gravemente, de la liza sacar á Marte?» El soberano Jove á Juno respondió: «Yo te permito que contra Marte agujies á Minerva, fuerte batalladora que en las lides hacerle sabe dolorosa herida.»

Dijo; y alegre Juno, su deseo viendo cumplido, con el duro azote aguijó sus caballos poderosos, y dóciles volaban por el aire que separa del orbe de la tierra el estrellado cielo. Cuanto puede en el espacio descubrir la vista del que sentado en elevada cumbre fija sus ojos en el mar oscuro, otro tanto de un brinco los caballos saltan de las Deidades. Cuando á Troya llegaron, y al lugar en que se juntan del Símois y Escamandro las corrientes, allí detuvo Juno los bridones, y con su ebúrnea delicada mano los desató del yugo, y niebla oscura en torno de ellos derramó; y el Símois hizo nacer la deliciosa yerba que comen los caballos inmortales para que la paciesen los de Juno. Y á pié las dos, y sin hacer ruido, por la verde pradera caminaron cual tímidas palomas, é impacientes por socorrer á la falange griega.

Y cuando ya llegaron donde estaban los principales cabos de la hueste en torno de Diomédes reunidos, cual voraces leones ó animosos y fieros jabalíes; la primera, Juno detuvo el paso. Y la figura tomando de Estentor, el cual tenía pecho como de bronce y voz de hierro,

